
LAS MUJERES DE YOSHIWARA: PLACER, POBREZA Y LUJO EN EL JAPÓN FEUDAL

Carmen Álvarez González-Jubete

Master Oficial en Estudios de Asia Oriental (Universidad de Granada)

carmenjubete@gmail.com

Federico Fco. Pérez Garrido

Máster en Asia Oriental/Estudios Japoneses (Universidad de Salamanca)

fdrcperez@gmail.com

Resumen: La historia y la literatura japonesa están repletas de arquetipos masculinos que reflejan la evolución cultural y política de este país asiático: la tradición encarnada en el valiente samurái fiel a su señor, el difícil proceso de ruptura que sobrevino sobre escritores e intelectuales a partir de la época Meiji, o la vida anodina del oficinista dedicado en cuerpo y alma a su trabajo. En contraposición a esta variedad de perfiles masculinos, la figura femenina que nos ha sido transmitida presenta un rol aparentemente estático e inmutable en el tiempo: delicadas geishas sirviendo té, lolitas sonrientes posando para una foto, madres y esposas entregadas a la crianza y educación de sus hijos. La imagen de la mujer parece circunscribirse al espacio doméstico y estético de la historia japonesa. Sin embargo, si nos alejamos voluntariamente de estas imágenes tradicionales y ahondamos en la historia, se pueden descubrir otros modelos femeninos: mujeres fuertes que tuvieron que sobrevivir en un ambiente social hostil, y que jugaron un papel central en la vida cultural y política de la época.

Dentro de la cultura de la armonía y la perfección, se encontraban las llamadas *oiran*: mujeres que ejercieron su actividad en el ya desaparecido barrio de placer de Yoshiwara, en la antigua Edo. Su belleza y sensualidad fueron usadas como instrumentos de poder sobre nobles y señores durante más de 300 años.

Palabras clave: Yoshiwara, Japón, mujer, sociedad, Historia.

Abstract: Japanese history and literature are filled with masculine archetypes that reflect the cultural and political evolution of this Asian country: the tradition embodied in the courageous samurai loyal to his master, the difficult process of breakdown that came upon writers and intellectuals from the Meiji period, or the uninspired life of the clerk consecrated to his job. In contrast to this variety of masculine profiles, the transmitted feminine figure presents an apparent static and unchanging role: delicate geishas serving tea, smiling *lolitas* posing for a photo,

mothers and wives dedicated to the upbringing and education of their children. The image of the woman seems to be circumscribed to the domestic and sensitivity space of Japanese history. However, if we voluntarily distance ourselves from these traditional images and delve into history, we can discover other female models: strong women who had to survive in a hostile social environment, and who played a central role in the cultural and political life of the time.

Within the culture of harmony and perfection, were the called *oiran*: women who worked in the now-defunct pleasure district of Yoshiwara, in the old Edo. Her beauty and sensuality were used as instruments of power over nobles and lords for more than 300 years.

Key Words: Yoshiwara, Japan, woman, society, History.

Introducción.

La industria del sexo se sitúa como una de las actividades comerciales más antiguas del mundo. Cada civilización ha desarrollado en este sentido negocios de distintas características, dependiendo de sus rasgos culturales y sus circunstancias político-sociales. La historia de los países europeos tampoco está exenta de este tipo de costumbres, que no pueden achacarse a una superioridad moral, o a distintos valores religiosos. Cuestiones estas que deben mirarse desde un punto de vista histórico-social y ser analizadas en el seno de su propia cultura. De este modo, nos disponemos a hacer una breve aproximación a la historia y al desarrollo de Yoshiwara, el antiguo barrio de placer de Tokio. Que quedó grabado en la imaginería popular japonesa durante todos los años que permaneció activo, del 1626 al 1959. Debemos enmarcarlo dentro del llamado *mundo flotante* (浮世) del Edo clásico. Concepto que describe un mundo en el que las relaciones humanas adoptaron un tono ligero y hedonista, en contraposición a la gravedad difundida por las doctrinas budistas del momento. Un lugar en el cual confluían personajes de toda clase: geishas, actores de *kabuki*, samuráis, comerciantes y artistas. De estos últimos surge el movimiento pictórico del *ukiyo-e*, que plasma en sus

grabados las escenas icónicas de estos centros de placer, sus calles, sus gentes y la belleza de las mujeres que allí vivían.

Imágenes que han pasado a formar parte del imaginario japonés y que han adquirido la condición de símbolos culturales, especialmente fuera de Japón. Una visión exótica e idealizada de un periodo de la historia japonesa especialmente duro para las mujeres, cuya vida y experiencias merece la pena analizar desde un prisma diferente a aquel que las pinturas y los relatos nos ofrecen en calidad de productos artísticos. En este breve artículo estudiaremos la construcción y planificación del barrio rojo de Tokio, así como la jerarquía presente en las relaciones sociales dentro del mismo. También trataremos de presentar un retrato de la vida cotidiana de estas mujeres, y la característica figura de la *oiran* dentro del Japón clásico.

Yūkaku (遊郭): centros de placer en el Japón feudal.

Para rastrear el origen de los barrios de placer en Japón, debemos retroceder al periodo Edo [江戸時代 (1603-1868)]. Durante este largo periodo histórico se dan épocas en las que existe un gran desajuste entre la población masculina y femenina, situándose esta última en torno al 35% del total en la etapa central del mismo¹. Dicha situación demográfica y unas normas morales diferentes configuraron la realidad de la sociedad japonesa de la época. Donde frecuentar barrios de placer no sólo fue un hecho aceptado, sino que gozaba de bastante popularidad entre los diferentes estratos de la población. Con la implantación del nuevo orden shogunal, la vida en Japón comienza a organizarse bajo unas normas que se mantendrán vigentes durante más de 300 años, hasta la revolución política y social de la era Meiji (1868). Entre estas disposiciones se encontraba la de regular el lucrativo mercado del sexo en las principales ciudades japonesas; a semejanza de lo que

¹HANE, Misiko. *Breve historia de Japón*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, pp. 72-113.

siglos después ocurrirá con la llamada *Ley de Regulación de Negocios que Afectan a la Moral Pública o Fūzoku Eigyō Torishimari Hō* (風俗営業取締法), promulgada en 1948. Dichas reglas obedecían, principalmente, a facilitar el control gubernamental sobre este tipo de negocios y sus beneficios.

Tras diferentes pugnas políticas debidas a conflictos de intereses, el *bakufu* (幕府) o shogunato, concede los permisos para la apertura y organización de los llamados *yūkaku* (遊郭)² o barrios de placer. De esta manera nacen en los tres grandes centros urbanos del momento los más históricos barrios rojos de Japón: Yoshiwara (吉原) en Edo, la antigua Tokio; Shimabara (島原) en Kioto y Shinmachi (新町) en Osaka³. Espacios que se convirtieron en lugar de encuentro para todo tipo de personas, como si de un destino turístico se tratara (en japonés: 観光地). Congregando en sus calles a clientes, curiosos, gente de paso, proveedores e incluso a mujeres que se sentían atraídas por la atmósfera desenfadada existente en ellos. Dicha costumbre estaba instaurada de forma natural en el Japón shogunal, entendido como un ambiente laxo en el cual los marcados roles sociales quedaban ligeramente de lado.

Las mujeres de entretenimiento guardaban un comportamiento refinado, lo que las convertía en las esposas idóneas para pretendientes provenientes de toda clase social. Y no sólo debido a la especial formación que recibían, sino también por su variada procedencia. Como ejemplo se puede mencionar el caso de la *Batalla de Sekigahara* (関ヶ原の戦い), en la cual, las esposas de los señores feudales derrotados pasaron a engrosar las filas de las prostitutas habituales de estos barrios. Estas mujeres fueron muy codiciadas por los regentes de los

² La palabra *yuukaku* (遊郭) está formada a partir de los kanji 遊 “jugar” y 郭 “barrio”. Dicha etimología ilustra el cariz de las actividades que se realizaban en estos lugares, no sólo de carácter sexual, sino también recreativo.

³ ISAHARA, Saikaku, *Life of an Amorous Woman and Other Writings* (trad. de Ivan Morris), New York, New Directions, 1969, pp. 13-19.

establecimientos más reputados, ya que su linaje y buena educación las convertía en candidatas a *oiran* (cuya relevante figura analizaremos más tarde) y a ser pretendidas por personajes de la más alta alcurnia. Lo que en el caso de las mujeres de clase más baja suponía una suerte de *movilidad social* como esposas o concubinas.

Cuando los *daimios* o alguna figura relevante quería casarse con alguna de ellas, debían ejercer el llamado *miuke* (身請け): el pago de toda la deuda que la mujer había contraído. Tras lo cual éstas se convertían en sus mujeres o concubinas (*mekake* 妾). El concubinato fue una práctica cotidiana en Japón debido a la necesidad de engendrar un hijo varón que perpetuara el clan familiar, entendido éste como una transmisión de valores y no de sangre. Es después de la revolución Meiji cuando se empiezan a elaborar algunas leyes al respecto, en un intento por *modernizar* el país de cara a la moralidad de las potencias extranjeras. Sin embargo, la prostitución y el llamado *mundo flotante* (浮世) no se reducía a estos barrios; casas de huéspedes, casas de citas y mujeres sin filiación determinada ofrecían sus servicios a los viajeros y paseantes del Japón feudal. Fuera del distrito proliferaban lugares como algunos baños públicos (湯女風呂)⁴, donde trabajaban prostitutas de bajo escalafón que ofrecían servicios sexuales a precios mínimos. Con el transcurrir del tiempo, esta competencia fue ilegalizada debido a la presión ejercida por los tratantes de los *yūkaku*, que veían peligrar su negocio por la multiplicación de estos locales independientes. La historia de los *yūkaku* está encadenada a los devenires económicos y sociales de Japón. Con la llegada del fin del shogunato Tokugawa, un periodo de gran escasez asoló la capital, coincidiendo esto con el inicio del declive del barrio rojo de Tokio: Yoshiwara. El aura elitista y sofisticado que poseía esta zona urbana entró en decadencia, reflejándose, entre

⁴ Los distintos locales de la industria sexual en el Japón actual se agrupan bajo la eufemística denominación de *mizushōbai* (水商売), literalmente: “negocios del agua”. Herencia directa de este tipo de baños presentes ya en el periodo Tokugawa.

otros aspectos, en el exponencial aumento del número de mujeres: desde las 2000 hasta las 4000 en pocos años⁵. Los cambios en la moral y los valores de la sociedad japonesa fueron asentándose con la introducción de las políticas *renovadoras* de Meiji. La promoción y difusión de las ideas occidentales, así como los cambios estructurales en la economía y la industria, provocaron, finalmente, la desaparición de este tipo de zonas recreativas, que pasaron a la historia y la imaginería colectiva como recuerdos del Japón premoderno.

Yoshiwara (吉原): El barrio de placer de Edo.

El Edo clásico se configuró como centro neurálgico de la vida política y social de Japón. Los daimios de todas las partes del país eran obligados a residir anualmente en la capital por un periodo determinado de tiempo por ley, en el llamado *sankinkōtai* (参勤交代). El gran desembolso económico y el tiempo que dichos traslados requerían era una forma de mantener el poder del gobierno central sobre estos señores feudales y su posible rebeldía. Esta concentración de las familias más importantes del país era, además, el reclamo perfecto para buscavidas y todo tipo de personajes a sueldo, que lograban sacar beneficio de las intrigas amorosas y políticas que allí se producían.

Tres eran los puntos esenciales que marcaban el ritmo de la ciudad y el país, agrupados bajo el nombre de *Edo no meibutsu san senryō* (江戸の名物三千両). Fueron los representantes de la prosperidad y la vida social de la época el mercado fluvial de pescado o Uogashi (魚河岸), el barrio de artistas y personajes relacionados con el mundo de las artes escénicas Shibaichō (芝居町) y el barrio de placer, llamado Yoshiwara (吉原). Algunas de estas zonas aún conservan algo de su esplendor pasado en la vida actual de la populosa ciudad de Tokio.

⁵JANSEN, Marius B., *The making old modern Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, pp. 223-257.

El nombre de Yoshiwara (吉原) tiene su origen en el terreno que el barrio ocupa, cercano a la bahía de Tokio. Como es usual en la toponimia japonesa, el nombre se deriva de las características naturales del entorno. En este caso, la zona que ocupó en sus inicios el barrio de placer era una marisma donde proliferaban los carrizos (*phragmitesaustralis*), plantas que en japonés reciben el nombre de *yoshi* (芦); el segundo kanji guarda el significado de planicie o campo: *hara* (原), pasando literalmente a denominarse “campo de carrizos”. En cuanto a la grafía, se produce un cambio del primer kanji por el de 吉 “buena suerte” (también leído como *yoshi*), en un juego de homofonía destinado a atraer la buena fortuna sobre los negocios que allí se iban a desarrollar⁶.

La historia del barrio rojo de Tokio tuvo un desarrollo un tanto particular. Tras ser rechazada la proposición de su apertura en un primer momento, consigue, finalmente, la aprobación de los gobernantes en 1617. Dicho permiso concede los derechos para establecer un barrio de placer que surtiera a sus habitantes, y resuelve ubicar éste en la zona de Nihonbashi (日本橋). En noviembre 1618, después de acondicionar la zona establecida, los burdeles o *girō* (妓楼) abren sus puertas convirtiéndose así en uno de los lugares más concurridos de la ciudad⁷. Sin embargo, no sería este el emplazamiento definitivo del barrio de Yoshiwara. Dicho traslado se debió, en parte, a su situación: en pleno corazón de la capital y cerca de las residencias de los principales daimios, frente al Palacio Imperial; así como al crecimiento frenético de los negocios y la afluencia de personas. Por lo que se

⁶Estos cambios en la grafía son muy frecuentes en la lengua japonesa. Para entenderlo tendríamos que remitirnos al concepto de *kotodama* (言霊): la idea shintoísta del poder espiritual que las palabras contienen. Concepto que, entre otras cosas, ha influido en el desarrollo tradicional de la poesía o en los ritos cotidianos de la vida japonesa.

⁷LONGSTREET, Stephen, *Yoshiwara: Geishas, Courtesans, and the Pleasure Quarters of Old Tokyo*, Singapur, Tuttle Publishing, 2009, pp. 24-37.

decide que el barrio de Yoshiwara cambiara su ubicación por un lugar más apartado y discreto de la capital japonesa.

Así, nace entre 1656 y 1657 el nuevo Yoshiwara (*Shinyoshiwara*⁸新吉原), situado cerca del barrio de Asakusa y vecino al renombrado templo Sensō-ji⁹ (金龍山浅草寺). Con este traslado se acondicionó y se creó un área con las infraestructuras necesarias para albergar a las prostitutas y sus clientes, así como los servicios cotidianos que las cerca de 4000 personas residentes en ella podían demandar. Además, se construye un elemento estratégico adicional: un foso (*ohori* 堀) que rodeara la zona para prevenir que los clientes pudieran abandonar el lugar sin pagar y, lo que era más importante, impedir que las mujeres escaparan de un trabajo forzado y unas condiciones de vida lamentables. Dicho foso era conocido por su pestilencia y suciedad como *hagurodobu* (齒黒溝), en referencia a la costumbre de las mujeres japonesas de teñir sus dientes de negro con una mezcla de limaduras de hierro y vinagre. Asimismo, el foso se convirtió en un elemento de discriminación social, ya que los negocios más pegados a él (y, por consiguiente, más expuestos al olor y la inmundicia de éste) eran donde se situaban las trabajadoras de menor estatus y más bajo precio. Dentro de esta estructura se encontraban tres niveles diferentes de *girō* o prostíbulos¹⁰:

- I. Los *oomise* (大見世): El de mayor estatus y por ello menos numeroso. Albergaba a las mujeres más refinadas y de mejor procedencia; esposas e hijas de nobles caídos en desgracia, o señores feudales derrotados.

⁸ El viejo emplazamiento pasó a llamarse Motoyoshiwara (元吉原).

⁹DE BECKER, J.E., *The Nightless City: Geisha and Courtesan Life in Old Tokyo*, Yokohama, Maruya, 2007, pp. 17-19.

¹⁰DE BECKER, *The Nightless City*, pp. 21-28.

- II. Los *tyumise* (中見世): con un censo de 19 establecimientos alrededor de 1860. Eran locales de clase media, que contaban con mujeres cultas y educadas de origen variado y con comodidades suficientes.
- III. Los *komise* (小見世): En último lugar, los locales más pobres y peor acondicionados. Llegaron a contabilizarse en más de 58 a finales del periodo Edo, y en su interior era donde trabajaban y vivían las mujeres más desgraciadas y vulgares de esta zona recreativa.

En Yoshiwara se podían encontrar realidades muy diferentes dependiendo del nivel de los establecimientos. Mientras que la mayoría de mujeres vivían en una situación lamentable e insalubre, unas pocas afortunadas convivían con el lujo y las comodidades de las clases más adineradas. Estas casas de citas reunían en su interior a los más eminentes miembros de familias samurái, ricos mercaderes y terratenientes pudientes. La minoría social que podía permitirse pagar el precio de una noche con una cortesana de lujo de estas características.

La crisis económica y social fue, poco a poco, malogrando las condiciones de este barrio, hasta que en 1923 todo fue arrasado por un gran fuego. La que fuera una de las zonas más prósperas e influyentes de la vieja Edo desapareció definitivamente unos años después; con las iniciativas progresistas que abogaban por eliminar los símbolos arcaicos del viejo Japón y la oposición de los grupos conservadores que veían en este barrio la decadencia de la antaño refinada cultura japonesa. En la actualidad apenas quedan restos de este antiguo lugar de placer, habiéndose transformado en una apacible zona residencial en el Distrito de Taito, Sensoku.

Vida cotidiana.

Numerosas escenas costumbristas nos han llegado a través de las pinturas *ukiyo-e*: samuráis paseando frente a bellas mujeres que coquetean tras las rejas de

los establecimientos; damas vestidas con lujosas ropas; escenas eróticas sobre suelos de tatami. Las pinturas conocidas como *shunga* y los relatos tradicionales también han contribuido a crear esa realidad exótica que muchas veces se relaciona con la vida de la época. Pero estas imágenes no dejan de ser creaciones artísticas que no reflejan el verdadero aspecto de la vida cotidiana de muchas de estas personas.

La mayoría de estas mujeres eran vendidas por sus familias a los diferentes *girō* de Yoshiwara. Gracias a los documentos conservados podemos saber hoy cómo se comerciaba con ellas, siendo vendidas como mercancía por precios que iban desde los 3 o 5 *ryo*¹¹ por las hijas de familias campesinas hasta los 20 *ryo* pagados por las mujeres de familias *bushi*¹². Una vez adquiridas, debían aprender una forma determinada de hablar conocida como *arinshukotoba*¹³ (ありんすことば), destinada a ocultar su procedencia de cara a los clientes¹⁴.

Inmersas en una rutina extenuante, su trabajo comenzaba sobre las 6 de la mañana, preparando la ropa de los clientes que se habían quedado junto a ellas la noche anterior. Ayudaban a los hombres a vestirse y recoger sus pertenencias, y, en caso de ser estos clientes especiales, les acompañaban hasta la entrada principal del *yūkaku*, en una suerte de ritual de despedida¹⁵. Después de esto, las *oiran* y prostitutas de más nivel podían retirarse a sus aposentos privados, mientras que el resto de mujeres acudían a las salas comunes para dormir unas pocas horas más. A las 10 se levantaban de nuevo, tomaban un baño en las instalaciones comunes y disfrutaban de un frugal desayuno compuesto por miso, arroz y *tsukemono*. Tras esto debían prepararse para un primer turno de trabajo que empezaba a las doce,

¹¹ Un *ryo* equivale, aproximadamente, a 130.000 yenes.

¹²Familias de clase samurái

¹³ En esta variedad lingüística se cambiaba la tradicional marca final “mashu” del lenguaje cortés, por “arinshu”.

¹⁴DE BECKER, *The Nightless City*, pp. 44-52.

¹⁵LONGSTREET, *Yoshiwara*, pp. 122-135.

limpiando, vistiéndose y maquillándose como una actividad repetida sin descanso día tras día.

Aunque no era muy usual la afluencia de personas durante la mañana, debían esperar y aguantar en sus puestos hasta las 4 de la tarde. Una vez elegidas por los clientes, subían a los cubículos situados en el segundo piso de los *yūkaku*, a lo que, eufemísticamente, se conocía como *jugar* (ya que no sólo proporcionaban servicios sexuales, sino que cantaban o componían poemas, entre otras artes). En caso de no haber clientes escribían cartas de amor u otro tipo de recursos destinados a incitar la generosidad de los hombres y así pagar su deuda cuanto antes¹⁶.

Cuando empezaba a caer la noche, los locales se iban llenando de clientes y visitantes. Era el momento más especial, ya que las mejores damas salían de sus aposentos y se sucedían las procesiones de las *oiran* por el barrio. Un lento discurrir de mujeres ataviadas con elegantes vestidos, símbolo de distinción y sensualidad en la concepción de la belleza del Japón de la época. A las 6 de la tarde el turno de noche era anunciado con una campanada, y las mujeres de Yoshiwara se colocaban en los escaparates de los diferentes establecimientos, mientras que los hombres acudían en tropel para elegir a sus preferidas de entre toda la oferta femenina. Finalmente, la jornada laboral llegaba a su fin a las 12 de la noche, excepto para aquellas que fueran requeridas por los clientes para pasar la noche, en cuyo caso el trabajo se extendería hasta el amanecer.

Había días especialmente ajetreados en los barrios de placer, como, por ejemplo, el *hinamatsuri* (ひな祭り) o *día de las niñas*. Este día las prostitutas se vestían con kimonos especialmente encargados para la ocasión, pagados por los clientes o por ellas mismas, con la consiguiente carga económica que ello suponía. Este era uno

¹⁶ Vemos en la labor de estas mujeres una fuerte relación con las características del trabajo “hosstes” del Japón contemporáneo. Para una visión más detallada, ver: PARREÑAS, R., *Illicit flirtations: Labor, migration, and sex trafficking in Tokyo*, Stanford University Press, 2011.

de los motivos por los que la deuda que habían contraído con el dueño del burdel al ser vendidas por sus familias no se acababa nunca. Tenían que pagar los objetos personales y los productos para la vida cotidiana, por lo que muchas se veían obligadas a trabajar en estas condiciones de esclavitud hasta la muerte. Algunas intentaban huir de esta situación de explotación, y, en caso de ser descubiertas, eran sancionadas sin comida, maltratadas físicamente o, incluso, asesinadas por sus dueños como castigo ejemplar para el resto de mujeres.

La precariedad de sus condiciones de trabajo y las innumerables horas que estaban obligadas a ejercer, provocaba que muchas de ellas murieran jóvenes por exceso de trabajo (*karoshi* 過労死) o por enfermedades de transmisión sexual. Únicamente las *oiran* gozaban de relativa libertad y podían elegir sus clientes, mientras que el resto dependía de la benevolencia de sus dueños. Aquellas que morían antes de pagar todo el dinero eran enterradas en fosas comunes, ubicadas en un templo cercano llamado Jokanji, también conocido con el terrible nombre de Nakonagekomidera (なご投げ込み寺), o *templo donde arrojar cuerpos*¹⁷.

Oiran (花魁).

Como ya hemos apuntado, la estructura jerárquica de la sociedad japonesa se extiende a la ordenación social de las mujeres de Yoshiwara. Dentro de esta escala, el puesto más destacado lo ocupaban las llamadas *oiran* (花魁). Este nombre comienza a utilizarse desde mediados del s. XVIII, pero también encontramos varias denominaciones anteriores, como *tayū* (太夫) o *keisei* (傾城)¹⁸. Algunos de

¹⁷DE BECKER, *The Nightless City*, pp. 17-18.

¹⁸ La lengua japonesa posee una dimensión visual de la cual carecen las lenguas con una escritura alfabética. La composición de las grafías puede ofrecernos mucha información sobre las ideas asociadas a las palabras. Así, por ejemplo, *keisei* (傾城), estaría compuesta por kanji de “inclinarse”,

estos nombres han pasado a la historia cultural de Japón asumiendo diferentes acepciones, en su uso literario o en el teatro *kabuki*, entre otras artes.

El estatus de las *oiran* las dotaba de una serie de beneficios sólo reservados a ellas. Disfrutaban de aposentos privados y sirvientes; habitualmente jóvenes o niñas llamadas *kamuro* (禿), que, además de servir, eran formadas en diferentes artes (en japonés: *gei* 芸) como música, escritura o danza. Una educación dirigida a convertirlas en las siguientes *oiran*, proceso escalonado que se iniciaba con su primer periodo, cuando pasaban a denominarse *shinzō* (新造) y se especializaban en tocar el *samisén* y en las “artes amatorias”¹⁹.

Si la mayoría de prostitutas eran exhibidas en los locales hasta que el cliente las elegía, la rutina laboral de las *oiran* se regía por un proceso distinto. Empezaban a trabajar con la caída del sol, literalmente *a la hora en la que se encendían las linternas de papel*²⁰ (llamadas *andon* 行灯). Esta tenue luz marcaba el momento en el que las *oiran*, ataviadas con sus mejores kimonos, iniciaban su procesión diaria por la calle principal del barrio. Eran seguidas por sus sirvientes, así como por toda una comitiva de curiosos llegados para ver este espectáculo nocturno conocido como *oirandōchū* (花魁道中).

El refinamiento de estas mujeres no se limitaba sólo a su vestuario²¹ (conocido como *tohachimonji* 外八文字), pues incluso sus movimientos guardaban unas características únicas. Iban calzadas con una especie de *geta* o sandalias tradicionales con plataforma llamadas *takageta* (高下駄), lo que las obligaba a andar con amplios pasos a los que añadían un especial giro de rodillas en un estilo

arruinar” y “castillo”; *tayū* (太夫) por “rechoncho, gordo” y “marido”; y *oiran* (花魁) por “flores” y “portar por encima de otros”.

¹⁹LONGSTREET, *Yoshiwara*, pp. 82-101.

²⁰ISAHARA. *Life of an Amorous Woman* (trad. de Ivan Morris), pp. 100-120.

²¹DE BECKER, *The Nightless City*, pp. 94-99.

muy peculiar de desplazamiento. Se dirigían hacia la *hikitechaya* (引手茶屋)²², una casa de té especialmente concebida para presentar a los clientes y las prostitutas de mayor estatus. Aquí esperaban hasta las ocho de la noche, y si el cliente no aparecía volvían a sus aposentos en delicada procesión.

Sólo en caso de que no se tratara de un cliente habitual, las *oiran* accedían a regresar a la casa de té pasadas las ocho de la tarde. Esto se debía al trato especial que recibían los nuevos clientes, que, sin embargo, no podían tener sexo en la primera cita, limitándose entonces a jugar con ellas a componer haikus, al *syoug*²³, caligrafía y practicar la ceremonia del té. Estas actividades sólo podían realizarse por la esmerada educación que estas mujeres habían recibido, considerándose todas ellas como la élite del entretenimiento en la época.

El proceso de selección que debían pasar los pretendientes de una *oiran* era largo y ceremonioso, e, incluso, corrían el riesgo de ser rechazados por estas en una segunda cita a pesar de su estatus elevado. Las normas prohibían las relaciones sexuales antes de la tercera cita, estableciéndose de manera tácita un periodo previo de *noviazgo* en el cual debían agasajar y tratar de conquistar a la dama. Gastando en ello unas cantidades elevadas de dinero que no estaba al alcance de la mayoría de ciudadanos de la antigua Edo²⁴. Si el cliente no era rechazado, la tercera cita se celebraba una falsa ceremonia de bodas en la que el hombre debía aportar el ajuar tradicional: cama, kimonos y regalos para el dueño y personas del entorno de la mujer. Una vez que el cliente había elegido y celebrado estos falsos ritos matrimoniales no podía engañar a su *oiran* con otras prostitutas. Jurando unos votos de fidelidad que, de ser traicionados, acarreaban una serie de castigos sociales, como perder el moño característico de los samuráis o *mage* (髷). De manera que, aunque se incurría en una aparente transgresión de las normas

²²LONGSTREET, *Yoshiwara*, pp. 44-65.

²³ Juego de mesa japonés, parecido al ajedrez en cuanto a su carácter estratégico.

²⁴ISAHARA. *Life of an Amorous Woman* (trad. de Ivan Morris), pp. 1-20.

sociales, se guardaban los valores de fidelidad y honor establecidos por la moralidad tradicional. Una convivencia doble que todavía puede apreciarse en los conceptos *emic* de *soto y uchi* (内と外), que rigen las distintas normas sociales aplicadas al ámbito público o privado de las personas en la sociedad japonesa²⁵.

Conclusión.

El barrio de Yoshiwara ha dejado una fuerte impronta en la cultura japonesa de la mano de la pintura, el teatro y la literatura. Numerosas son las publicaciones y ensayos que se acercan a este símbolo tradicional desde diferentes campos de estudio con un interés nacional e internacional. Este breve trabajo no pretende sino hacer una aproximación a las condiciones reales de estas mujeres y la estructura interna de un negocio que bebía de las costumbres y valores sociales del Japón feudal y sus circunstancias históricas. En este sentido, los barrios de placer fueron un espacio único en el que convivieron elementos de una cultura culta y refinada, con las asunciones de una sociedad patriarcal, en la cual las mujeres carecían de los derechos y libertades básicos por los que todavía actualmente se lucha (tanto dentro como fuera de Japón). Es históricamente necesario colocar junto a las fascinantes imágenes del *shunga* y el *ukiyo-e* otra serie de realidades y conceptos que formen una visión de conjunto. Textos que describan la manera en la que miles de mujeres fueron explotadas y utilizadas como mercancía sexual hasta los límites temporales del Japón moderno, para así no ocultar parte de un pasado que es germen de las prácticas que encontramos hoy día, y que bajo diferentes formas sigue sufriendo la mitad de la población mundial. La herencia de unos valores desiguales que aún podemos ver en la sociedad moderna, dentro de la *monopolizada* industria masculina del sexo, las diferencias salariales, el sexismo de los medios, la precariedad laboral de la mujer o la violencia hacia ellas entre otros

²⁵ SUGIMOTO, Yoshio, *An introduction to Japanese Society*, Sydney, Cambridge University Press, 2002, pp. 37-61.

muchos aspectos. Una situación de discriminación en torno al género que, desgraciadamente, comparten la mayoría de países, en mayor o menor grado.

Situación que únicamente puede ser revertida mediante una educación en valores, un cambio en los roles sociales vinculados al sexo y un análisis objetivo de las dinámicas que desembocan en estos episodios de desigualdad, al margen de las políticas y discursos culturales de cada comunidad o país. Una tarea conjunta de hombres y mujeres que no puede ser postergada por más tiempo.

Bibliografía.

BEASLEY, Willian, *La Restauración Meiji*, Gijón, Satori Ediciones, 2010.

BENEDITH, Ruth, *El crisantemo y la espada: patronos de la cultura japonesa*, Madrid, Alianza, 1974.

DE BECKER, J.E., *The Nightless City: Geisha and Courtesan Life in Old Tokyo*, Yokohama, Maruya, 2007.

GARCÍA RODRÍGUEZ, Amaury A., *Cultura popular y grabado en Japón. Siglos XVII a XIX*, México, El Colegio de México, 2008.

ISAHARA, Saikaku, *Life of an Amorous Woman and Other Writings* (traducido por Ivan Morris), New York, New Directions, 1969.

HANE, Misiko, *Breve historia de Japón*, Madrid, Alianza, 2003.

JANSEN, Marious B., *The making of old modern Japan*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

LANZACO, Federico, *La cultura japonesa reflejada en su lengua*, Madrid, Verbum, 2010.

LONGSTREET, Stephen, *Yoshiwara: Geishas, Courtesans, and the Pleasure Quarters of Old Tokyo*, Singapur, Tuttle Publishing, 2009.

SUGIMOTO, Yoshio, *An introduction to Japanese Society*, Sydney, Cambridge University Press. 2002.